

EL GÉNERO CONFESIONAL COMO DIMENSIÓN FILOSÓFICA-LITERARIA EN MARÍA ZAMBRANO Y ROSA CHACEL

Cintia C. Robles Luján
Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla
Puebla - México
<https://orcid.org/0000-0001-7435-0618>
cintiacandelaria.robles@upaep.mx

Laura Yolanda Cordero Gamboa
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla - México
<https://orcid.org/0000-0001-8981-522X>

María del Carmen García Aguilar
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla - México
<https://orcid.org/0000-0001-5104-0334>

Fecha de recepción: 07/06/2022

Fecha de aceptación: 30/06/2022

RESUMEN

En este trabajo nos proponemos explorar, desde las obras de María Zambrano y Rosa Chacel (ambas discípulas de José Ortega y Gasset) la recuperación del género confesional como dimensión filosófica-literaria fundante en sus obras. Para ello, nos apoyamos en un punto de convergencia en Zambrano y Chacel, donde la Confesión se presenta como el horizonte de revelación a partir de una narrativa del sí mismo, para el reconocimiento de elementos biográficos-autorreferenciales. Intentamos mostrar que el género confesional si bien, es parte sustantiva del tratamiento antropológico-literario que ambas autoras realizan, conducen también a ser una propuesta de renovación para el hombre contemporáneo.

Palabras clave:

Confesión, culpa, memoria, voluntad, revelación, angustia, razón poética, historia.

ABSTRACT

In this work we intend to explore, from the works of María Zambrano and Rosa Chacel (both disciples of José Ortega y Gasset), the recovery of the confessional genre as a founding philosophical-literary dimension in their works. For this, we rely on a point of convergence in Zambrano and Chacel, where the Confession is presented as the horizon of revelation from a narrative of the self, for the recognition of biographical-



self-referential elements. We try to show that the confessional genre, although it is a substantive part of the anthropological-literary treatment that both authors carry out, also leads to being a renewal proposal for contemporary man.

Keywords:

Confession, sin, memory, will, revelation, anguish, poetic reason, history.

INTRODUCCIÓN

Toda confesión brota de un corazón desgarrado y oscuro y va en busca de un corazón transparente.

Así dice San Agustín: Inquieto mi corazón y ni a mi mismo transparente, cuando emprende su confesión, para exclamar: He aquí mi corazón, Señor; he aquí mi corazón, terminado el relato de sus culpas.

Sin duda que encuentra entonces su corazón tan transparente que lo halla digno de ser mirado por el mismo Dios.

María Zambrano

Es indudable, en la actualidad, la presencia constante de las voces y miradas femeninas en la filosofía, la literatura, la ciencia, la historia, pese a las restricciones morales, sociales, culturales y políticas que en su momento han padecido. La mujer ha sido capaz de conquistar y construir "un cuarto propio" de escritura como espacio vital, edificando con ello un universo de palabras a partir de narrativas propias de significación y, de su particular forma de sentir. En este escenario han conquistado grandes lugares en las diversas áreas del conocimiento: Sor Juana, Santa Teresa, Edith Stein, Anne Conwey, Hannah Arendt, Simone Weil, Simone de Beauvoir, Lou Andreas-Salomé, Rosario Castellanos, Graciela Hierro, Emily Dickinson, María Zambrano y Rosa Chacel, entre muchas otras. Ellas son prueba de que estamos

en una época de múltiples razones y alternativas en los diversos modos de un saber que continúa con la tradición de pensamiento en clave femenina.

María Zambrano, es una filósofa en lengua española, discípula de Ortega y Gasset, una de las principales representantes de la Generación del 27. La autora presenta un pensamiento característicamente barroco muy heterogéneo, lo que en ocasiones puede oscurecer la comprensión de sus obras debido a la constante fragmentación que en ellas se produce. No obstante, incita al lector a revivir y recrear sus textos, siempre desde una mirada hermenéutica en la que se comprenda la época y tradición que contextualiza a la autora. Resulta fundamental conocer y comprender en Zambrano su voz y mirada profunda en torno a la vida y su saber, al mundo, al quehacer y la existencia humana.

Por su parte, Rosa Chacel es una destacada escritora española que nació en Valladolid, España en 1898, discípula también de Ortega y Gasset. En su autobiografía *Desde el amanecer*, relata que desde una edad muy temprana tuvo una inclinación hacia el arte. Su primera pasión fue la pintura e ingresa a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid en 1915. Su estancia en este recinto fue breve –dos años– pero decisiva pues aquí conoce a Timoteo Pérez Rubio, su marido, y entra en contacto con los artistas del momento –entre sus profesores: Julio Romero de Torres y Ramón María del

Valle Inclán; entre sus compañeros: Gregorio Prieto, Joaquín Valverde, José Frau, Victorina Durán, Margarita Villegas y Paz González.

Las figuras intelectuales de Zambrano y Chacel heredan y continúan una rica tradición literaria y filosófica, una tradición española que traza una historia, refrendada desde la Generación del 98 que busca responder a la pregunta qué es España y qué es el ser español. El pensamiento de ambas autoras exploran posibilidades de expresión a través de una singular narrativa, que sirva de impulso para el resto de su producción. Por ello, queremos mostrar que dicha narrativa responde al género confesional como dimensión filosófica-literaria en la obra de ambas autoras donde la Confesión se presenta como el horizonte de revelación a partir de una narrativa del sí mismo, para el reconocimiento de elementos biográficos-autorreferenciales. Intentamos mostrar que el género confesional si bien, es parte sustantiva del tratamiento antropológico-literario que ambas autoras realizan, conducen también a ser una propuesta de renovación para el hombre contemporáneo.

María Zambrano y el silencio interior como descenso ontológico

En este sentido, la confesión viene a ser uno de los fundamentos centrales de la propuesta de la racionalidad poética en María Zambrano. La racionalidad poética, que es a la par *logos y poiesis*, es una forma de pensamiento que no constituye teorías. Se busca ensanchar una forma de racionalidad que tenga la apertura a una forma de significación heterogénea. Esta línea temática puede seguirse en *Claros del bosque*, entre otros textos, donde "los claros" de esta racionalidad figura como un proyecto

mediador entre el pensamiento y la vida. Esta mediación en plenitud es capaz de contener fuerza *creadora y poética*. Dicho de otro modo, se reconduce la razón a su origen vital, en donde se origina la vida y se tiene la esperanza de ver identificado y reconocido en plenitud el pensamiento y el sentir *sin que se pierda el uno con el otro*, sino que se alcance una fusión entre ellos. La dimensión del "ver" corresponde a una visibilidad novedosa que represente el lugar del *conocimiento y vida*, a saber, la razón poética.

La razón poética -propuesta filosófica de la autora- como proyecto antropológico, entre sus múltiples funciones y alcances, tiene como principal desafío el rescate de la vida y dentro de ella al hombre en su ser concreto, que asuma su propio espacio vital dentro del mundo y sus circunstancias; quien la asuma estará ligado históricamente a su pasado como umbral para reconstruir narrativamente su presente, formándose así una correspondencia entre presente y pasado, en donde se gesta y se formaliza al hombre concreto individual en vínculo con la realidad y sus circunstancias, como parte de su condición humana.

Se trata entonces de reconocer la realidad y de reconocernos en ella, evaluando a su vez el modo o forma de conocimiento que actualmente asumimos para explorarla. Específicamente, dice Zambrano, para el caso del filósofo, característico de un pensamiento sistemático, formal, en el que sirve a la razón sistemática-instrumental olvidando aquello que lo ha sostenido desde su origen, la vida, a la cual aquel califica de subjetiva. El filósofo piensa que su pensamiento solo se debe al servicio del *logos*, sin descifrar la presencia del otro *logos*, el que ha permanecido por mucho tiempo bajo la sombra. Zambrano

propone dar luz y claridad a esta otra forma de pensamiento; plantea integrar en la filosofía, la *póiesis*, aquella que nace del estado de concretud, pues en la poesía se encuentra "directamente al hombre concreto", en su individualidad.

El hombre concreto para María Zambrano es lo que para Unamuno es el hombre encarnado y, para Ortega el hombre que se identifica con su circunstancia. Este estado de identificación, donde el hombre se busca y aspira al conocimiento de sí mismo, será posible desde el halo místico de la confesión (silencio interior como la *noche oscura de lo humano donde el mundo vuelve a estar deshabitado*) donde el sujeto emprende su propio viaje catábico a "los laberintos de la soledad", lugar donde los recubrimientos aparecen como "máscaras con que ocultar al hombre que él no quiere dejar aparecer... Desaparece, pues, el hombre a la par que la idealidad del mundo" (Zambrano, 2016 b, p. 388). Con esto tenemos que, una de las características de la confesión como género literario "muestra lo que la vida tiene de camino, de tránsito entre aquel que nos encontramos siendo y el otro hacia el que vamos" (2016 b, p. 370), próximo al ser proyectivo orteguiano.

Sobre los "laberintos de la soledad" (Valender, J., et al., 1998). En este estudio se recupera el ensayo "Un descenso a los infiernos" escrito por María Zambrano en 1964, tras su lectura de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. En este breve ensayo la filósofa española expone un diagnóstico cartográfico de la "crisis que padece el hombre contemporáneo", como resultado de su inexorable alejamiento del trato y vínculo con lo otro: el decir poético como raíz del hombre.

De la confesión: razón y vida para la verdad

Es precisamente esta visión humanavitalista que nos muestra en sustancia María Zambrano:

Estamos en la noche oscura de lo humano. Se esconde tras la máscara, y el mundo vuelve a estar deshabitado ... ¿Tiene acaso el hombre un sitio donde regresar desde su historia? Todo da a entender que busca algo dejado atrás y que quiere adentrarse en algún secreto lugar, como si buscara la placenta de donde saliera un día, para ser de nuevo engendrado (Zambrano, 2016 b, p. 388).

Cuando María Zambrano alude al nuevo liberalismo como la base vital-histórica de un nuevo humanismo en su posibilidad de reiniciar el vínculo del hombre con el mundo, esto es, en sus dimensiones "supra e infraracionales" que habitan en el hombre mismo, se refiere a una importante imagen distintiva: "la placenta". Afirma la autora que este humanismo ha de propiciar concretamente que devolviera al hombre a la placenta en que se asentaba en el universo. Veamos el carácter trascendente de este símbolo placentario en el discurso zambraniano, pues resulta ser el adecuado para su descripción correlativa hombre-mundo... Podemos afirmar que la metáfora de la placenta se remite y se traslada al "sentimiento" como recinto: placenta del universo como el más poroso y elástico. Es la placenta del hombre con el mundo y al mismo tiempo que sujeción. Así, la placenta como estancia retentiva del sentir, del "sentir originario", puede entenderse, en nuestra opinión, como

la "casa del niño". La "casa-placenta" representa el símbolo de "mediadora", de unión, del vínculo del hombre referido al mundo y su retención a él. Hemos encontrado que Zambrano reclama a la historia del viejo liberalismo la ruptura de este vínculo, al mismo tiempo en que se abre un nuevo orden de las cosas, sin que por ello borre el recuerdo de lo antiguo, inscrito para siempre en la arquitectura del armazón, del armazón racionalista, de ese "cerrado tejido" del pensamiento racional. No obstante, se va "condensando elegantemente el sentir en su única planta baja la tópica bachelardiana del sótano y del desván" (Robles, 2019, pp. 86-87).

En *La confesión: género literario* Zambrano habla del "secreto lugar" y tras el análisis de su pensamiento, nos muestra ciertamente que aquel es el centro en donde persiste todo movimiento otorgado al universo y a las criaturas vivientes. El centro es lo que los mueve a existir padeciendo la enigmática realidad; a sentir desde el descenso de la soledad y a pensar con la nueva razón al ser este centro sitio de llegada y partida del sujeto, después de abandonar el mundo para *buscar el lugar obscuro, la caverna de donde saliera para en ella hundirse de momento* como medio para reencontrarse con su identidad perdida. Por ello "todas las llamadas" al ser del hombre "serán en vano mientras que no recobre el contacto con lo perdido", pues necesita en su existencia de algo que le conceda el camino, la forma y el momento donde expresarse para entrar "en contacto con un género de realidades" que ampare a la vida y la razón en un saber de salvación, racionalidad poética.

Por otra parte, para la autora, la confesión es un género que, tanto como la Novela, la Historia y la Poesía, relata,

narra aquello que se encarna o bien, que puede proyectarse en la imaginación. La autora distingue dichos géneros. Señala que en la novela se imagina y se crea otro tiempo no real "en el doble sentido de un tiempo mitológico –pues la novela conserva el rasgo del mito– en el sentido que hace nacer en nuestra conciencia otro tiempo" (Zambrano, 2016 a, p. 81) que no corresponde al de la vida. No obstante, el género novelesco puede ser un género de confesión, en tanto que el tiempo mitológico que crea recaiga en ser tiempo de la vida: "Es tiempo que no puede ser transcrito, es el tiempo que no puede ser expresado ni apresado, es la unidad de la vida que ya no necesita expresión" (2016 a, p. 81).

Por su parte, la confesión en el género histórico se vuelve al tiempo pretérito, al ser la historia reconstrucción de los hechos pasados, es un tiempo, por tanto, inexistente en donde solo quedan sus huellas. Por el contrario, en la poesía se constata en cercanía el tiempo puro, el tiempo real del que requiere toda confesión, donde suena en la palabra una viva voz.

Si bien, la confesión es un género literario dado que es subjetivo, surge como la necesidad de revelarse, descubrirse e identificarse. La confesión representa así un género de unidad, vida, amor y realidad en donde se establece la razón poética en la obra de María Zambrano: "La confesión se verifica en el mismo tiempo real de la vida, parte de la confusión y de la inmediatez temporal" (2016 a, p. 81). En el movimiento confesional se funda la razón, en la que no se interpreta lo que se siente y se piensa, sino que solo se declara, se revela y se expresa la desnudez de las circunstancias, bajo ciertas condiciones como la incertidumbre, la angustia y la soledad como constitutivos de la condición

humana. Así, la confesión nos revela el camino entre el "yo oscuro y el que ha alcanzado su unidad en su transparencia, hace posible la realización" (Zambrano, 2016 b, p. 370), en la autoconciencia del sí mismo, aquel que va en búsqueda de ese personaje que quiere representar y recobrar su interioridad.

Toda confesión será un acto hablado en el presente perpetuo; ella desencadena una conversación del sujeto consigo mismo. El movimiento dialógico de carácter introspectivo de la confesión, el sujeto deberá mostrarse o revelarse a sí mismo y experimentar los dos movimientos propios de la confesión, *el de la huida de sí y el de buscar algo que le sostenga y aclare*.

La confesión comienza siempre con una huida de sí mismo. Parte de una desesperación. Su supuesto es como el de toda salida, una esperanza y una desesperación; la desesperación es de lo que se es, la esperanza es de algo que todavía no se tiene aparezca... Sin una profunda desesperación el hombre no saldría de sí, porque es la fuerza de la desesperación la que le hace arrancarse hablando de sí mismo, cosa tan contraria al hablar (Zambrano, 2016 a, p. 84).

Pues quien confiesa lo hace en un tiempo real de la vida, en toda circunstancia límite es necesario que el ser descienda en la búsqueda de sí mismo:

La confesión surge de ciertas situaciones. Porque hay situaciones en que la vida ha llegado al extremo de confusión y dispersión. Cosa que puede suceder por obra de circunstancias individuales, pero más todavía, históricas.

Precisamente cuando el hombre ha sido demasiado humillado, cuando se ha cerrado en el rencor, cuando sólo siente sobre sí el peso de la existencia (Zambrano, 2016 a, p. 84).

Asimismo, el hombre en su momento de confesión se deshace de todas las máscaras para convertirse –aunque sea bajo ese soplo de manifestaciones internas del corazón– en un ser en pleno estado de integridad y honestidad a partir de su introspección. Esta le permite conocerse a sí mismo y recordar que su pasado fue real, del que queda rastro biográfico de su historia personal y, que además lo lleva a saber que la vida, en su necesidad de expresarse y revelarse, al fin converge con la razón.

Es justamente en esta necesidad del hombre de expresarse y revelarse donde Zambrano pretende integrar la razón y "encontrar el punto de contacto entre la vida y la verdad", ya que la razón en la filosofía, al buscar la verdad, se aparta de la vida.

Ahora bien ¿por qué elegir la confesión como género literario como punto de encuentro entre la vida y la verdad? Porque la confesión es una de las dimensiones más cercanas a la vida, misma que nos pueden ayudar a revelar las honduras circunstanciales de la vida humana y, a recobrar el sentido de la interioridad. En la confesión queda expuesta lo que en Heidegger sería algunos de los fundamentos analíticos existenciales: angustia, dolor e incertidumbre. En la confesión aún "no (se) ha descubierto todavía su interioridad, sino únicamente su existencia desnuda en el dolor, en la angustia y en la injusticia ... Querría morir porque no se le presenta otra alternativa entre la vida y la muerte, no se le presenta

que puede haber algo, un lugar más allá de esta vida que no es la muerte" (Zambrano, 2016 a, p. 85). En este sentido, para Zambrano la confesión tiene como punto de partida la desesperación-crisis, pues "se confiesa el cansado de ser hombre, de sí mismo. Es una huida que al mismo tiempo quiere perpetuar lo que fue, aquello de que se huye" (2016 a, p. 86).

Y, es tal la desesperanza del sujeto que confiesa su estado circunstancial límite, situación que le va a permitir descubrir su interioridad y darle un cauce a su existencia, un saber que lo sostenga dentro y fuera de la realidad y, que lo sitúe al mismo tiempo en la comparecencia de su tiempo presente. Necesita, pues, de un "saber de salvación" para sí mismo, tal es su humana esperanza.

La esperanza se presenta en ocasiones desasida, como flotando sobre todo acontecimiento, sobre todo ser concreto, visible ella sola, la esperanza sin más. Escapa entonces de todo razonamiento, de todo discurrir más o menos dialéctico: no se alimenta, al parecer de nada ... La esperanza inasible es un puente entre la pasividad, por extrema que sea, y la acción, entre la indiferencia que linda con el aniquilamiento de la persona humana y la plena actualización de su finalidad (Zambrano, 2019 a, p. 453).

Hasta ahora, podemos indicar que la confesión cumple una triple función en el tiempo real-efectivo: 1) La confesión es una acción que se ejecuta a través de la palabra: examina el pasado de confusión del sujeto; 2) Se presenta como una huida de sí; 3) Y que al expresarlo-revelarlo, se convierte en "ser ya otra cosa". Esto permite cumplir a nuestro juicio una verdad asimilada por la vida del sujeto, quien tras la confesión acepta su origen del que reniega en simultáneas ocasiones

de desesperación, así como también, aísla el temor a la muerte. Así, en la confesión se recobra vida y razón para alcanzar y aceptar la verdad de sus "conatos de ser".

En el estado de "desesperación-crisis" como una de las condiciones a partir de las cuales se puede generar la confesión, el sujeto sólo se descubre a sí mismo guiado por una *razón misericordiosa* que lo resguarde de la angustia, a saber, la razón poética como un *saber sobre el alma*, un saber de interioridades donde se une razón y vida para la verdad; quien asuma este saber, halla la verdad en los *abismos del corazón*, por supuesto, de sonoridad pascaliana y agustiniana.

Características de la confesión como género literario-filosófico

A partir de los argumentos anteriores, estamos en posición de poder delinear algunas de las líneas principales, que a nuestro juicio, caracterizan a la confesión como género y conducto donde se recupera razón y vida:

- *La Confesión es salida de sí en huida.* Quien huye lo hace por la insuficiencia de la vida y del modo cognoscitivo que posee para acercarse a la realidad "como se le ha dado, el que se ha encontrado que es y no acepta"; generando con ello la pérdida del centro. Por tanto, la confesión es la salida de sí bajo la forma de huida: "Amarga dualidad entre algo que en nosotros mira y decide, y otro; otro que, llevando nuestro nombre, es sentido extraño y enemigo" (Zambrano, 2016 a, p. 87).
- La Confesión es desesperación-crisis de sí mismo: La desesperación-crisis es una de las condiciones existenciales,

que sirve de impulso para originar el movimiento confesional, la confesión se desarrolla a partir de la desesperación de sí mismo, huye de sí para de nuevo ser hallado. Aquí se emprende la huida bajo la esperanza de hallar la identificación del sí mismo. Una de las vivencias de la desesperación se encarna en la soledad, con la finalidad de reconocer y reconocerse en la realidad.

- La Confesión cumple una función específica: La confesión es oscuridad y también luz, que aclara el camino en donde la vida se aproxima a la verdad, para propiciar que la vida y la verdad se entiendan tras la historia que las ha distanciado. La vida que es fiel aliada de la poesía, y la verdad, como amante de la razón.
- La Confesión supone una esperanza: El sujeto anhela una alternativa de algo que trascienda el temor a la muerte y, a las situaciones límites de la vida y, en ellas su condición individual de contradicciones y negaciones: "La confesión solamente se verifica con la esperanza de que lo que no es uno mismo aparezca" (Zambrano, 2016 a, p. 87).
- La Confesión: el carácter fragmentario de toda vida: En este caso, el sujeto se siente particularmente "incompleto", fragmento de sí mismo, inacabado dentro y fuera de sí, propiciando en su condición humana, el carácter de fragmentariedad. Necesita de algo que lo configure íntegramente en su interior y en la realidad: el hombre espera "como el que

se queja, ser escuchado; espera que al expresar su tiempo se cierre su figura; adquirir, por fin, la integridad que le falta, su total figura" (Zambrano, 2016 a, p. 87).

- La Confesión donde se expresa la vida: La vida al expresarse en "su desnudez", lo hace necesariamente para realizar una especie de metamorfosis que conforme y complete al hombre en su renovada condición completa e íntegra.
- La Confesión es un método para la vida: La Confesión es un método "para encontrar ese quien... sujeto a quien le pasan las cosas". Este método le proporciona a la vida -en momentos de crisis- liberarse de las contradicciones y "paradojas" de las circunstancias vitales. La confesión como método pretende apoyarse en una racionalidad poética que la guíe y aclare; pues son "los momentos de crisis, en que el hombre, el hombre concreto, aparece al descubierto en su fracaso" (Zambrano, 2016 a, p. 88).
- La Confesión no es el único método, pero sí el más inmediato: La confesión es "la preparación" para aquello que vendrá después a sostener la condición humanavitalista envuelta en momentos de crisis. Este método permite desentrañar la vida en plena transparencia. Pone al descubierto al sujeto en su carácter fragmentario, en vías de recibir el saber que lo renueve y vincule a la realidad. Un "saber de salvación": Razón poética.

La confesión no accede de modo directo a la realidad apabullante, sino que ayuda a la nueva razón a entrar en

ese escenario real. Apoya al hombre en momentos de crisis en su estado de soledad y desamparo:

Y así estas Confesiones manifestarán los géneros de fracaso que nuestra cultura ha soportado y algo tal vez más importante: los distintos anhelos encubiertos por el arte, objetivados por la filosofía, desteñidos en las épocas de indecisión y ocultos en la plenitud de los tiempos maduros. Pues cuando el hombre vive en una cultura madura, cuando ha hallado al fin, una objetividad bajo la que habitar, la existencia humana en su desnudez se oculta (Zambrano, 2016 a, p. 88).

La autora parte de este punto hacia una crítica a la filosofía que no confiesa en su afán de vivir y pensar bajo la máscara de la objetividad, sometido al imperio de la razón instrumental dominante en búsqueda de la verdad, encubriendo con ello su entrañada condición humana. La filósofa veleña reprocha a la cultura occidental (si de su labor genealógica hablamos, de un constante ir al origen del pensamiento para reformarlo sobre nuevos fundamentos que sostengan y conjunten el pensar y la vida del hombre concreto) el que haya suprimido las circunstancias de crisis existencial en el hombre, basada en su desorientación y fracaso, permaneciendo en la sombra. En *La confesión: género literario*, la discípula de Ortega, le dedica un estudio importante a la figura de San Agustín, "quien muestra la confesión en toda su plenitud y con una claridad que no ha vuelto a conseguirse. A su luz no solo podemos ver lo que ellos dicen sino estas otras confesiones truncadas de nuestro tiempo actual, pues que lo claro retiene la virtud de hacernos ver lo que no ha podido llegar a serlo" (Zambrano, 2016, p. 88)

La verdad para los filósofos era cosa de la mente, de la razón ... Y la actividad filosófica se hallaba cumplida en el instante en que el hombre de cuerpo y alma, salía una forma pura incapaz de padecer, sustraída al cambio, desprendida y liberada de sus propias entrañas, –cuando el sujeto, dejando para siempre de serlo, ingresaba en la objetividad del mundo inteligible y eterno. Tal era el verdadero motivo por el cual no podía surgir la confesión entre los filósofos; el conocimiento, al cumplirse, nada dejaba ya de la vida pasiva de la pasión en todas sus formas ... La confesión literariamente tiene muy pocas exigencias, pero sí tiene esta de la que no sabríamos encontrar su receta y es: ser ejecutiva, llevarnos a hacer la misma acción que ha hecho el que se confiesa: ponemos como a él a la luz (Zambrano, 2016 a, p. 101).

De acuerdo con la discípula de Ortega, la filosofía esboza "el problema de la realidad, como si fuese hallada en el Conocimiento, cuando en verdad siempre se da por sabida antes de tenerla"(2016 a, p. 89); ahora se necesita *otra realidad* descubierta por el sujeto, a saber su interioridad. La Confesión como género literario, como género de realidad ha de mostrar la idea del "hundimiento del yo", aceptando su "fracaso habido y en su no ser-habido", donde los fragmentos como conatos de ser, cobran una particular y ambigua significación. El sujeto que padece y confiesa es invitado a emprender la tarea de la identificación de sí mismo: «Sí, yo soy ese, el peor de todos los que me acechan detrás de tantas máscaras».

Se comprueba también que la razón poética como una nueva razón

que ha amplificado sus horizontes de conocimiento y sentidos de significación, se ha de dar en los modos o géneros literarios, bajo una singular metáfora del corazón; donde la confesión es un momento fundante de la razón que guía al bienaventurado al encuentro de su ser, en la posible transparencia de la vida misma, tal como Rosa Chacel buscaba en su obra literaria poder referenciar: el rostro humano que busca desesperadamente mirarse a sí mismo, bajo la figura de la palabra.

Rosa Chacel y la dimensión confesional: la culpa, la voluntad y la memoria.

El interés de Rosa Chacel por la confesión es muy probable que se derive, por una parte, de la inclinación que tiene por los géneros autorreferenciales y que cultiva en distintos momentos de su vida a la par de su obra de ficción, como la biografía (Teresa, 1941), la autobiografía (*Desde el amanecer*, 1972), diarios (*Alcancía. Ida y vuelta*, 1982), cartas (*De mar a mar. Epistolario Rosa Chacel-Ana María Moix*, 1998) y la confesión, tema al que dedica un ensayo (*La Confesión*, 1971). Por otra parte, el tópico le brinda la oportunidad de responder a una pregunta que formuló José Ortega y Gasset –a quien siempre consideró su gran maestro– relativa a por qué en España escaseaban las memorias y especialmente las confesiones.

En su obra, Chacel reflexiona acerca de lo que es una confesión, aquello que persigue, la relación con la vida del individuo y centra su análisis en lo que considera tres ejemplos paradigmáticos del género: la de San Agustín, Rousseau y Kierkegaard. También destaca la ausencia de confesiones en la literatura española en los siglos XVIII y XIX y puntualiza en qué sentido las novelas de Benito

Pérez Galdós y Miguel de Unamuno no son confesiones. A continuación, presentamos tres conceptos decisivos en el planteamiento que Chacel hace del género confesional: la culpa, la voluntad y la memoria.

Rosa Chacel concibe a las confesiones como un "producto cristiano – postcristiano o anticristiano– y la base o clave cualitativa que las define es su posición ante la culpa" (1971, p. 30) y como tal guardarían un profundo vínculo con el sacramento de reconciliación o de reconocimiento en la religión católica a través del cual el pecador, que por sus acciones erradas se distancia de Dios y es incapaz de recibir la purificación a su alma, pretende recuperar el estado de gracia, es decir, la redención y el perdón, mediante el relato de sus faltas cometidas.

La confesión es cercana a géneros como la autobiografía y las memorias pues al igual que la primera es narración de una vida o de algún momento de ésta, y al igual que la segunda tiene mucho de narración retrospectiva. Sin embargo, la confesión posee un componente fundamental del que carecen los géneros mencionados: la culpa. Acerca de este primer concepto, Chacel expresa: "Las confesiones más dramáticas, entre las grandes de la historia, son las que están animadas por el sentimiento de culpa" (1971, p. 9). En este sentido, la confesión no se hace por gusto ni para afirmar algo sino que representa lo que el individuo no ha tenido más remedio que contar. "La verdad de este sentimiento" afirma Chacel "está en la relación directa que existe entre su culpa –la que él considera como tal– y su vida real ..." (1971, p. 18).

La confesión es como un grito desesperado que da expresión al estado

crítico en que se encuentra el individuo. En un primer momento, en tanto grito busca el desahogo pero conforme prosigue en la verbalización, se da cuenta de que entre más se interna en sí mismo mejor comprende que una culpa origina "la escapada, la deserción y la rotura de los lazos más sagrados" (Chacel, 1971, p. 38). El aspecto paradójico consiste en que el individuo ignora todo en relación a ella: contra quién fue el agravio, en qué consistió, en qué momento y circunstancia lo realizó. Chacel lo expresa así:

... el hombre se confiesa cuando el gran peso de que quiere descargarse no es un acto cometido, ni siquiera un número considerable de actos, sino un conflicto persistente que los determinó todos; un misterio que ni él mismo comprende y que acaso sólo confiesa con el fin de oírlo relatado, para comprenderlo (1971, p. 49).

Por ello es de gran importancia la inmersión al interior y la excavación hacia el fondo del individuo.

Un referente fundamental en la reflexión y concepción que Chacel tiene del género es *Confesiones* de San Agustín, obra que al parecer de Manuel Garrido tiene como propósito "la meditación sobre el *hombre interior*" (2010, p. 26). Ahora bien, esta interioridad no se trata de una abstracción ni de una idea, sino que parte del hombre "que conoce, que siente, que quiere" (2010, p. 27). El acto de confesar tanto en San Agustín como en Chacel no se limita a mostrar la intimidad, sino que permite identificar algo que constantemente se escapa y oculta: el conflicto interior que rige la vida del individuo.

En este sentido, la culpa es la condición que da origen a la confesión así como el componente que la alimenta; Chacel la entiende como una honda inquietud que deviene en pugna en el individuo. Para complementar esta concepción que Chacel presenta acerca de la culpa, hay que remitirnos a su novela *La sinrazón*, obra sobre la que se realiza un análisis para mostrar que se trata de una novela confesional (Véase Cordero L. La confesión de Rosa Chacel. Ediciones del Lirio/BUAP, 2022). En dicha obra, el protagonista sostiene que el pecado consiste en una "división del ser" (1960, p. 253) ya que en el individuo se enfrentan vida y conciencia, enfrentamiento que escinde su interioridad. Chacel identifica así la culpa con "lo que nunca se deshizo en el pasado" (1971, p. 19) pues si la identificara con un hecho, en el momento en que éste queda en el pasado, la culpa quedaría abolida, cosa que no sucede ya que "lo que un hombre tiene que confesar no es lo que hizo o dejó de hacer, sino lo que lleva a lo largo de su vida entre pecho y espalda" (1971, p. 67). Es decir, Chacel entiende la culpa en el individuo como "la tensión o nota de su conciencia en relación con la vida" (1971, p. 18).

Atendiendo a la escritora, la confesión es última voluntad tanto en sentido temporal como esencial. Lo primero que nos gustaría precisar sobre el concepto de voluntad es que está profundamente vinculado con dos acciones de un mismo movimiento decisivo en el individuo: el descenso y la exploración interior. La confesión entendida como última voluntad en sentido temporal da expresión a lo que el individuo ha sido y es hasta el momento en que se confiesa. El relato de acontecimientos pasados no es un fin en sí mismo sino que es la vía que permite al individuo identificar el conflicto que le es "consustancial" (1971, p. 19).

En cambio, la confesión entendida como última voluntad en sentido esencial remite a la comprensión de los móviles últimos que potencian al alma para hacer y decidir tal o cual cosa. De acuerdo con Chacel, la confesión pone en marcha una indagación honesta y rigurosa que no se detiene hasta dar con la ultimidad de la persona, con "*el último fondo*" (1971, p. 19) de su ser. Cabe precisar que la confesión no conduce al encuentro de ninguna esencia o fundamento sino con lo último que de sí logra captar el individuo. Al respecto sostiene Chacel: "No hay detrás de su voluntad *ultimidades* apremiantes porque en su ser inestable no se alcanza a ver el *último* fondo de ninguna categoría distinta: sólo se puede encontrar algo patente y último –aunque sinuoso– en su poder de captación" (1971, p. 19).

El tercer concepto es el de memoria, entendida por Chacel (1971) como una facultad, no cualquiera sino "la más valiosa de la mente y del alma" (p. 20) que sirve de guía al individuo en la inmersión hacia su abismo. Mientras que en varias actividades la función de la memoria consiste en acumular datos, en ejercicios como la confesión lo importante es indagar en sí misma. Para ello, el individuo dirige la mirada hacia sí, convierte a las vivencias o al estado emocional y/o mental, en objeto de exploración lo que significa que: "todo dato, toda experiencia, emoción o análisis, va a buscarlos hacia el principio (...)" (1971, p. 20). Por ello, Chacel se refiere a ella como "Mnemosina, celeste paridora" (1971, p. 128).

Con respecto a los confesantes, Chacel (1971) los considera como "púgiles de la voluntad" (p. 42) ya que las únicas armas de que disponen son sus puños. Nadie les concederá eso que buscan sino que deberán iniciar una lucha personal para conseguirlo. De manera que si el

confesante es un luchador a puño limpio, la confesión es el ring en el que se enfrenta a su propio laberinto interior.

Como parte de la descripción que Chacel hace de la confesión, identifica dos dificultades prácticas en ella. La primera consiste en que, cuando el confesante da expresión a sus yerros personales, al mismo tiempo descubre los de quienes participaron con él, pues las faltas no se realizan en soledad ni aislamiento. Por tal motivo, Chacel relaciona esta dificultad con "delatar el secreto –no secreto guardado por ocultamiento, sino secreto como intrínquis o clave– de los que cooperaron con el secreto propio" (1971, p. 31). La cita pone de manifiesto que la confesión no sólo da expresión a las culpas sino que también revela un aspecto o dimensión que el individuo desconcía de sí mismo. El movimiento de la confesión es de apertura; conlleva un descender, desentrañar, desocultar y develar. De hecho, Chacel relaciona ese mostrarse sin reservas del individuo en la confesión con la develación de un secreto. Retomando a Agustín Uña Juárez, *Las Confesiones* son reconocimiento de algo esencial en el hombre, así como manifestación y desocultación, pues la confesión entendida por San Agustín, "exige llegar al fondo de lo pensable" (2010, p. 105).

La segunda dificultad de tipo práctica que Chacel atribuye a la confesión resulta del vínculo que une a confesante y lector de la confesión en el sentido en que el confesante comparte su aprendizaje como un "bien interior" (1960, p. 407), es decir, "ofrece su confesión como 'modo de conocimiento'" (1971, p. 27). Atendiendo a Uña Juárez, el hombre para San Agustín es la primera evidencia de la que se parte en la construcción del conocimiento, y su interioridad constituye

el fundamento de la certeza. Con respecto a la interioridad en San Agustín, Chacel más que entenderla como conocimiento la concibe como la condición para que éste se genere, comprende aquello que permite al individuo orientarse y penetrar en cada cosa según su especie y modo de ser. Es lo contrario a la extrañeza y una vez que se conquista ese espacio interior, se recupera la intimidad con las cosas cotidianas.

De acuerdo con lo mostrado, tanto en el sentido que Chacel tiene de la confesión como en la finalidad que le atribuye, sigue muy de cerca a San Agustín para quien el hombre debe internarse en sí mismo, indagar en lo que ha sido para recobrar la orientación vital y lograr un cambio de estado.

Conclusiones

Durante la confesión, el individuo dirige la mirada hacia sí mismo, escucha con atención el tumulto de voces interiores, entre las que destaca la de severas acusaciones. María Zambrano y Rosa Chacel nos dicen que nadie se aventura en las profundidades abismales del propio ser porque sí. Es decir, no se confiesa por gusto ni por nostalgia, sino por necesidad de restituir un orden interior que dé fin al conflicto y a la crisis. La ruta que emprende el individuo es completamente personal, los pasos titubeantes que da lo llevan por un camino inédito que no tiene marcha atrás. Ahora bien, la confesión no garantiza la restitución de nada pero sí es una vía para abandonar la condición de orfandad ontológica en la que se encuentra el individuo antes de dar inicio a su confesión. Orfandad, que viene a ser una de las características de la contemporaneidad, así como el nihilismo a partir de los cuales surge la necesidad de emprender ese viaje urgente hacia sí mismo en su tiempo efectivo e histórico.

REFERENCIAS

Chacel, R. (1960). *La sinrazón*. Losada.

Chacel, R. (1972). (1971) *La Confesión*. Edhasa.

M. Garrido. (2010) "Las memorias de un hombre intranquilo" en San Agustín, *Las Confesiones*, Madrid: Tecnos.

Robles, L.C.C. (2019) *La dimensión política de la razón poética en María Zambrano*, Tirant lo Blanch.

San Agustín. (2010). *Las Confesiones*. Traducción, introducción, notas y anexo de Agustín Uña Juárez. Madrid: Editorial Tecnos.

Valender, J., et al, (1998), *Homenaje a María Zambrano: estudios y correspondencia*. El Colegio de México.

Zambrano, M. (2016 a), *La confesión: género literario, Obras completas II (1940-1950)*, Galaxia Gutenberg.

Zambrano, M. (2016 b). *La agonía de Europa, Obras completas II (1940-1950)*. Galaxia Gutenberg.

Zambrano, M. (2019). *Los bienaventurados, Obras completas IV, Tomo 2 (1977-1990)*. Galaxia Gutenberg.